

## **El beso**

« Aquella mañana mi padre no me despertó con un beso de buenos días, ni con un vamos, date prisa o llegarás tarde al colegio. Mi madre apartó las sábanas y dijo que me vistiera.

Fui a la cocina. Mis libros estaban encima de la mesa, junto con el estuche y eso que mi mochila estaba al lado. El desayuno tampoco estaba preparado.

Mi madre me alcanzó la mochila, me cogió fuerte de la mano y nos fuimos.

- Y ¿papá?

Mi madre no contestó.

Todavía era de noche y hacía frío, mucho. Mi madre no pareció notarlo. ¡Ella, qué siempre tenía las manos frías como el hielo! Andaba deprisa, cada vez más y su mano agarraba firmemente mi muñeca. Aunque me hacía daño, no me atreví a quejarme.

Me dolían los pies de tanto caminar y tan deprisa. El estómago me rugía, tenía frío y el ruido constante de muchos petardos que explotaban a la vez me asustaba, pero mi madre no se daba cuenta.

No sé cuánto tiempo estuvimos andando, quizás una hora, quizás un día, quizás dos horas, quizás dos días, quizás un mes, quizás dos. Los recuerdos a veces son confusos.

Llegamos a un bosque. Allí había gente como nosotros: madres con sus hijos, sin maridos ni padres. Me alegré al verlos. Por fin alguien con quien poder jugar y sobre todo hablar, porque mi hermana, desde que habíamos

salido de casa, no había dicho ni una palabra. Mi madre en cambio no los veía, ni tampoco ellos a nosotros.

El bosque estaba junto a un río con el que una vez había sido un hermoso puente de piedra.

Recordaba aquel río. Los veranos íbamos mi padre y yo a bañarnos allí, otras veces lanzábamos las cañas desde el puente y esperábamos a que algún despistado pez picara el anzuelo.

Mi madre me desnudó hasta dejarme sólo con la ropa interior.

- ¿Por qué no pasamos por el puente?

Mi madre pareció no oír mi pregunta. Miró hacia el puente, luego a mí y entonces contestó:

- Allí están los otros.

Los otros eran unos hombres gigantes, que no paraban de moverse de un lado a otro del puente. Miraban a todas partes, como si buscaran desesperadamente a alguien, pero al que no conseguían encontrar. Gesticulaban mucho, gritaban más, en una lengua incomprensible para mí.

Tampoco les entendían las mujeres y los niños que había al pie del puente. Ellas blandían unos papeles, que aquellos hombres ignoraban tanto como a ellas.

Nadie con papeles como aquellos conseguía pasar por el puente. Por eso el río, ni por fácil, ni tampoco por más seguro, simplemente por unos papeles.

Atravesamos el río como mi madre nos dijo, en silencio, con la mochila en las manos, con cuidado de no tropezar y dejarla caer. El agua estaba fría y la noche oscura. Incluso la luna se escondía de aquellos hombres que parecían gigantes.

Mi madre esta vez no me cogió de la mano, ni antes, ni después. Me hubiera gustado. Aquellos gigantes del puente me daban miedo, aunque no

sabía bien por qué. Todavía no me habían hecho nada y sin embargo ya recelaba de ellos.

No me equivoqué. Aquellos gigantes aparecieron más de una vez en nuestras vidas y no para bien.

Recuerdo la primera vez. Acabábamos de recoger la cosecha de nueces. Los sacos estaban amontonados en la puerta. Cada uno de ellos representaba dos meses de duro trabajo, pero también de sueños, de ilusiones y de posibilidades: juguetes, ropa, zapatos, hasta un cerdo, para así tener carne durante todo el año.

Los gigantes arrasaron. Se llevaron todos los sacos de nueces, menos uno, todas las gallinas, menos dos y también los conejos, todos.

No lloré, ni aquella vez ni las siguientes. Ni por dolor, ni por rabia, ni por impotencia, ni por vergüenza. Sí juré. Aunque viviéramos al otro lado del río, en un territorio ocupado por los otros, donde teníamos nuestra casa, que no era nuestra, ni lo sería, juré que aquellos sueños robados a mi madre estarían entre sus manos algún día.

Aquellos gigantes de mi niñez, los otros de mi madre, apretaban, pero no ahogaban, no siempre, porque la gente buena también existe.

Yo la conocí, en otro país, en verano.

Recuerdo la primera vez. Una ONG me llevó de viaje a España, para pasar allí el verano con una familia.

Los primeros días fueron muy difíciles: ni me entendían, ni les entendía; la comida no me gustaba; dormía solo en una habitación y únicamente podía llamar a mi madre una vez a la semana, no más de cinco minutos.

Hasta que de pronto un día, todas las palabras llegaron a mi boca.

- Quiero por favor cuatro salchichas para cenar.

Eso fue lo primero que dije. De repente la comida española estaba buena: las salchichas, las hamburguesas, el pollo, los macarrones... ¡Riquísimo!

Lo mejor de todo eran de lejos las horas jugando en la calle al fútbol, o bañándome en la piscina hasta salir arrugado como una pasa, o montando en bicicleta, o jugando al fútbolín...

Tampoco se me olvida la colleja que me dio mi padre español, cuando rompí el cristal de la cocina. ¡Encima estuve castigado un día entero sin balón!

Esos son los recuerdos de mi primer verano en España. Volví el verano siguiente, pero entonces estalló la guerra. El verano como la guerra se prolongó a septiembre, octubre, noviembre... Quería regresar. Llegó enero, febrero, la primavera, el verano, el otoño y el invierno. Deseaba regresar, pero con la guerra... Me quedé en España con mi familia española otro año, otro, otro más... Y aquí sigo.

El tiempo no es olvido. El tiempo te crece, te fortalece, te hace ver las cosas desde otra perspectiva, como la juventud.

En mi juventud, aquellos gigantes de mi niñez se convirtieron en hombres, hombres poderosos sí, hombres vulnerables también; por eso regresé y crucé el río, porque en mi identidad están mis orígenes.

En realidad he cruzado el río muchas veces, no para huir, sino para volver. Allí sigue mi familia, que es también la tuya, la nuestra: mi madre, tu abuela; mi hermana con sus hijos, tu tía y primos; y el recuerdo de mi padre, tu abuelo. Pero también hay niños, niños como tú, niños como el que fui yo una vez, con madres como la mía, con sueños, ilusiones y esperanzas.

Aunque ellos vivan más allá del río, en un mundo aún hoy ocupado por los otros, esos niños y madres merecen tener entre las manos sus sueños, como los tuvo mi madre, como los tuve yo una vez. Por eso regreso, para llevárselos, porque la gente buena también existe.

Recuerda Jorge, la fuerza está en la unidad y mis orígenes son mi identidad».

Con esas palabras y un beso de buenas noches mi padre salió de la habitación.

Fue la última vez que lo vi.

*Alonso López Díez*